

# Francisco Amighetti

Conocí a Amighetti, primero, a través de dos libros suyos, y no sé si tiene otros. Uno se llamaba "Francisco en los caminos" y el segundo "Francisco en Costa Rica". Los dos son libros autobiográficos y, naturalmente, me formé una imagen del autor.

Aquel ahondar, sin resentimientos, en la parte negativa de nuestra sociedad convencional; aquella franqueza espontánea e ingenua en el decir; aquella inquietud franciscana por lo bueno, por lo bello y por lo verdadero; aquellas xilografías que explicaban el ambiente con la misma profundidad poética que el texto literario, me dieron de él una imagen que no fue defraudada, como suele ocurrir con frecuencia, por el conocimiento personal.

En el diario de María Bashkinoff, se lee esta curiosa observación: los nombres se parecen a las personas que los llevan. Y San Francisco Amighetti aparece a su nombre.

A pesar de que la vida lo trató con cierto rigor en su juventud, Amighetti, al salir de sus años juveniles, se apresuró a ser bueno, siguiendo el consejo de Amiel. Y fue bueno —cosa difícil—, sin ostentación y sin jactancia y sin orgullo, con la misma humildad franciscana y rebelde que el "poverello d'Assisi".

Cuando pregunté por Amighetti, para conocerlo personalmente, me lo señalaron en una exposición, aislado, en un rincón de la sala, como si quisiera rehuir el bullicio circundante, abstraído en la contemplación de



Francisco R. Bello

un cuadro. Así lo he vuelto a encontrar en diferentes oportunidades, tratando de evitar el exhibicionismo fácil, los primeros planos, la gárrula pedantería. Tan diferente de aquel político español, diputado a Cortes, al que Castelar criticaba por su afán desesperado de aparecer en los lugares principales y destacados. "El señor diputado, le decía, aparece siempre como queriendo ser el centro de atracción; en los actos públicos se las arregla para estar siempre en el primer lugar, quiere tener el privilegio de la atención y de la publicidad. En un entierro,

quisiera ser el muerto; en una boda, quisiera ser la novia...".

Amighetti, tal vez sin saberlo y pensando en Heráclito, ha descrito aquel rasgo de la soledad y del aislamiento, tan característico de su propia personalidad. Puede que tenga razón —dice Amighetti—, aquel filósofo que Rafael pintó en la Escuela de Atenas, solitario entre el bullicio de los dialécticos, buscando dentro de sí mismo la esencia del ser, fija su mirada en el pavimento que, probablemente, veía pasar como un río en su idea del perpetuo fluir de todo lo que existe.

Estamos ahora frente al artista. Dice Ortega y Gasset que hay tres maneras de pintar: pintar cosas, pintar sensaciones, pintar ideas. Tengo la impresión, impresión de "dilettante", que Amighetti ha alcanzado una síntesis y que pinta, al mismo tiempo, cosas, sensaciones e ideas.

El artista no tiene únicamente, ante su público, el deber de exhibir sus talentos personales o de expresar su propia individualidad o sus ideas, sino que tiene una misión más profunda y de más vastos alcances: la de comprender el Universo en que vive y sus relaciones con él. Tarea comprometedora, como se ve, y que requiere, sobre todo en el pintor, una sensibilidad filosófica que está más allá de la técnica y de la anécdota. No se es pintor porque se pinta, sino que se pinta porque se es pintor; es decir, que tiene que haber una necesidad interna de

(Pasa a la Pág. 25) —

# Francisco...

—(Viene de la Pág. 15)

expresarse; y lo que no proviene de esa necesidad interna, no está vivo, no puede ser grande.

Y Amighetti pinta porque es pintor, porque tiene algo que decir, cualquiera sea el modo o la forma en que lo dice. Sábato, hablando de Berni, afirma que lo que distingue a Berni de un pintor que se limita a la anécdota, es precisamente, esa vasta y profunda visión de la existencia que sentimos detrás de ella y a través de ella. La visión de un poeta que, como poeta, está en el bando de la belleza. Simónides lo dijo hace varios siglos: la pintura es una poesía muda. Y el pintor hace poesía muda, aunque muchas veces lo ignore.

Si alguien tuviera que hablar del grabado actual en Costa Rica, el primer nombre que acudiría a su mente, sería el de Amighetti, como el de Berni en la Argentina, o el de Masu Ike-da en el Japón, o el de Hakonarson en Finlandia, o el de Diederren en Holanda, o el de Graciela Rodó de Boulanger en Bolivia. Como es sabido, el grabado asume ahora su carácter de arte mayor. Estamos, pues, en presencia de un auténtico valor nacional, proyectado hacia el exterior, donde se le conoce y se le admira, pero cuya obra está estrechamente ligada a la fuerza como telúrica de su origen. No existe forma ni sentimiento en mi alma, dice Coleridge, que no haya sido extraída de mi pueblo. Así pasó y así pasa con Amighetti. El pintor viajó mucho. "Viajar, viajar, perder lo que se tiene —por lo que aún nos es desconocido"—, pero al revés de lo que sucede en los versos de Julián Marchena, el pintor no perdió lo que tenía.

Cuando regresó de Buenos Aires, más feliz que Max Jiménez y que Eduardo Uribe, nos enseñó a nosotros, los argentinos, cómo eran y cómo sentían los barrios suburbanos de la gran metrópoli inhóspita, pero nos lo enseñó a la moda tica, sin amarguras y sin resentimientos, incluso con un dejo de ternura y de nostalgia, que se va convirtiendo en belleza con el tiempo, como sucede con todas las cosas, cuando el alma extiende sus alas sobre ellas.